

siempre. Todos los que llegan de Europa á América se dirigen allí. ¿No podrán decir un día, cuando la medida esté llena y no les quede otro recurso: «¿Qué beneficio sacamos de dejarnos gobernar por esa Inglaterra europea? Seamos dueños en nuestra casa y trabajemos en adelante para nosotros.» Y ¿qué sucederá entonces? Sucederá lo que ahora apenas parece creíble. Ese país, práctico en nuestras ciencias é industrias, se apoderará en poco tiempo de toda la América y en particular de las minas de oro. En efecto, ¿qué diferencia entre un gobierno con trabajadores mercenarios y uno que trabaja para sí y en su propio territorio! ¿Qué progresos veloces no harán estos pueblos cuando sean independientes en todos los ramos! Ya sé que los ingleses gobiernan sus colonias con moderación; pero como esta moderación es forzosa, claro está que han de temblar de la misma manera por sus posesiones, y esto lo saben las colonias muy bien. Los súbditos no agradecen á la larga un gobierno suave, y allí donde acaba la gratitud, empieza el menosprecio. Por lo demás cuando se trata de dejar lo bueno por lo mejor, solo atienden á su ventaja propia.»

Montesquieu, aunque mas vagamente, presintió lo mismo, conforme se desprende de sus «Notas sobre la Inglaterra» que escribió entre los años 1729 y 1731, y en las cuales dice: «No sé lo que resultará de tantos habitantes que se envían desde Europa y Africa á las Indias occidentales, pero creo que si algunas naciones llegan á ser abandonadas por sus colonias, se principiará por la Inglaterra (1).»

Mas sorprendente es lo que escribió el marqués de Argenson sobre el estado y porvenir de su patria en los primeros años del gobierno de la marquesa de Pompadour. Entonces vió ya á la Francia caminando á una catástrofe general.

«La anarquía, dice, se acerca á pasos agigantados; el rey no será en breve mas que el madero de la fábula de las ranas; y si las cosas siguen así acabarán por bailar sobre él sin hacer caso de sus órdenes que por lo demás le son inspiradas por otros. Desde Inglaterra sopla un viento filosófico; se oyen palabras como libertad y república que han penetrado en los ánimos, y ya se sabe la influencia que la opinión ejerce en la marcha del mundo. Ya ha pasado el tiempo de la adoración; la palabra «amo» que era venerable para nuestros padres, á nuestros oídos suena mal. ¿Quién sabe si en algunos cerebros se halla ya madurada una nueva forma de gobierno para presentarse el día menos pensado á punto de entrar en campaña! Quizá se efectuará la trasformación con menos resistencia de la que se cree; no será menester para ello ningún príncipe de la casa real, ningún gran señor, ni ningún fanatismo religioso; todo podrá pasar en medio del aplauso general como sucede á veces en las elecciones de los papas. Hoy día están descontentas todas las clases; los militares están licenciados desde la paz; el clero ve lastimados sus privilegios; los parlamentos, las corporaciones y los estados provinciales están humillados; el pueblo cargado de impuestos y presa de la miseria; los únicos que triunfan son los capitalistas y especuladores que reemplazan hoy á los judíos. En todas partes hay acumulado combustible. Puede haber un motin que se convierta en sublevación y esta en revolución general; podrán elegirse tribunos y cónsules, nombrarse y reunirse comicios, para disminuir y aun quitar al rey y á sus ministros su poder ilimitado. Y ¿no es una gran verdad que si el poder monárquico absoluto es bueno bajo el mando de un rey bueno, nadie puede responder de que tengamos siempre monarcas como Enrique IV? Y ¿no enseñan la experiencia y la naturaleza que por cada rey bueno hay diez malos?»

(1) Véanse sus Obras completas, tomo 7.º, pág. 194.

El autor de estas consideraciones, escritas en los primeros años de la segunda mitad del siglo pasado, el ministro destituido marqués de Argenson se llamaba con orgullo discípulo de un hombre que en vida fué mirado con sonrisa de compasión como un santo extravagante, y despues de muerto fué olvidado por todo el mundo. Este hombre era el abate de Saint-Pierre que sin disputa figura en primera línea entre los genios que cooperaron á la educación política de la nación francesa, y bajo este punto de vista ofrece un interés particular. Fué toda su vida, y como tal llegó á ser proverbial, apóstol ardiente é incansable de la paz universal y perpetua, basada en tribunales internacionales de árbitros y en un congreso europeo. En sus *Reflexiones sobre el Antimaquiavelo* de Federico II, que escribió en 1740, y se encuentran en sus obras completas, tomo 16, publicadas en el año 1841 en Rotterdam, expresa la esperanza de que el rey de Prusia proporcionaría á la Europa esta paz general; porque al final dice: «Tengo la convicción de que este soberano, aunque en el trascurso del tiempo llegara á perjudicar inconscientemente á sus vecinos, no morirá sin haber pagado con creces el daño, y haber mostrado á su pueblo y á otras naciones que ha sido grande entre los mismos reyes, y mas que Trajano y Marco Aurelio que dejaron á sus sucesores guerras, mientras él es capaz, aprovechando circunstancias favorables, de ser uno de los mayores pacificadores del mundo, y de desterrar de él para siempre las guerras.»

El ensueño de una paz perenne, que pocas personas compartieron con él, era en Saint Pierre la consecuencia de una convicción que se apoderó de las almas mas nobles no solo de Francia sino tambien de otros países, á saber, la convicción del *progreso constante de la razón universal* que en el trascurso de los siglos habia de llegar á vencer á la barbarie, la superstición, la guerra y el despotismo (2).

Argenson compartió con su maestro aquel ensueño y esta convicción. Para el maestro y el discípulo la moral y la política eran los únicos medios de hacer á los gobernantes sabios y justos, á los pueblos ricos y dichosos, y á los países florecientes y poderosos. Ambos se lamentaban que estas dos ciencias no hubieran salido todavía de la infancia en su país. Argenson tuvo, como su maestro, que enriqueció el idioma francés con el bello vocablo *bienfaisance* (3), un corazón sensible á los padecimientos de las clases trabajadoras de su nación, aniquiladas por el impuesto de la talla aplicada despótica y caprichosamente, y á las cuales solo se podía aliviar en algo sujetando este impuesto á tarifas especiales segun las clases, conforme habia propuesto Boisguillebert, y aconsejado el abate Saint Pierre. Hasta aquí marchan acordes este último y su discípulo.

El abate se nos presenta en todos sus proyectos de reforma que conocemos, defensor acérrimo de los derechos y del poder tradicionales del trono. Su afán es perfeccionarlos, inocularles un carácter mas levantado y vigoroso (4); pero no piensa ni de lejos en cambiarlos ni darles otra forma. Su monarquía ideal está igualmente basada sobre el principio autocrático; el soberano manda, y los súbditos obedecen, y todo cuanto puede engendrar desobediencia es para el buen abate pernicioso, tanto si procede del parlamento general, como si viene de la representación provincial ó de la prensa. Para probar que este era su modo de ver bastará citar una sola muestra. Despues de explayarse con visible

(2) Véase en sus obras, tomo 11.º sus *Observations sur le progrès continuel de la raison universelle*, pag. 257 á 316.

(3) Existía *bénfissance*, que se ha hecho anticuado. (N. del T.)

(4) Véase su *Projet d'éducation des Dauphins et autres princes héréditaires* en sus *Observations sur le ministère général*. *Œuvres VI.*

satisfacción sobre las resoluciones adoptadas por los estados provinciales de la Bretaña en el mes de setiembre de 1728, llega no obstante á la conclusión de que todas estas asambleas deben ser suprimidas, por la razón principal de que «la tranquilidad es en todos los países la base y cimiento de la felicidad de los habitantes, y se ha de procurar cueste lo que cueste. Todo lo que puede comprometer la tranquilidad, dice Saint Pierre, debe ser eliminado sin reparar en sacrificios. Los mayores males que pueden caer sobre un país son los motines y las guerras civiles, porque pierden haciendas y vidas. Una asamblea que puede en un caso dado resistir á la autoridad suprema, y que eventualmente resiste en efecto con solo negar lo que el rey pide, puede originar un motin y una guerra civil; de consiguiente toca al gobierno que quiere ser bueno y conservar la tranquilidad del país abolir las asambleas de los representantes provinciales y del clero, como ha abolido muy sabiamente otras asambleas y reuniones análogas (1).»

El abate es partidario de la monarquía absoluta, á la cual quiere que se sacrifique todo lo que pueda hacerle contrapeso ú oponerle obstáculos. Su discípulo el marqués d'Argenson, lejos de participar de esta opinión, sigue otra senda: la que conduce directamente á las ideas de la gran revolución. Su proyecto de una *monarquía democrática* rompe abierta y completamente con todas las tradiciones de la monarquía francesa. Este proyecto estuvo en la mente de los legisladores del año 1789, y la constitución que estos elaboraron tiene todas las trazas de una copia literal del proyecto de Argenson.

Encabeza este los artículos de la parte quinta de sus Memorias que lleva el título de «Pensamientos sobre la reforma del Estado», escritas desde el año 1735 en adelante, con el siguiente bosquejo de proyecto destinado por el autor al cardenal Fleury, y escrito probablemente antes del año 1740:

«Quisiera exponer al señor cardenal que la agricultura es en el día el asunto político principal del Estado, y que el arreglo que propongo es el único medio de hacerla florecer. Deseo que su eminencia induzca al rey que tanta afición tiene á los detalles topográficos, á adquirir la gloria de una división nueva de sus Estados, que se ajuste á mi proyecto. El mismo podría señalar en el mapa, los nuevos *departamentos* ó intendencias, cada una de 100 á 150 parroquias, resultando para todo el país unas 500 aproximadamente. Conviene tambien que S. E. exponga á S. M. los abusos á que da lugar la corvea, y que la construcción y la conservación de las carreteras principales serian menos dispendiosas si se encargasen á los municipios.

De esta manera se deberian ir encargando sucesivamente y en el trascurso del tiempo á estas pequeñas colectividades, sin necesidad de anunciarlo previamente, todos los servicios públicos: la policía, el reparto y cobro de los impuestos, y la administración de la justicia por medio de árbitros. El reino estaria así administrado y gobernado maravillosamente, y la autoridad real quedaria mas sólidamente cimentada que nunca.

Lo que conviene es inducir al rey, sin dejarle entrever á donde se quiere llegar, impulsándole solo por medio de la opinión pública, á que él mismo adopte estas disposiciones. La nobleza hará una oposición desesperada porque comprenderá que este plan reduce sus prerogativas y la condena á quedar absorbida por la nación. Se la habria de imponer silencio ante la voluntad del pueblo, cuyo afecto se ganaria con los resultados benéficos y palpables de este plan.

Antes de confiar á los municipios funciones que almen á la nobleza y perjudiquen sus privilegios, es menester enco-

(1) Véase en sus obras tomo 7.º *Du gouvernement intérieur de l'état*, pag. 62 y 63.

mendarles paso á paso uno tras otro los cargos mas conformes con su aptitud. El primero debe ser la conservación de los caminos; el segundo la recaudación de la talla segun la tarifa propuesta por el abate de Saint Pierre. Estos cargos corresponderán no á cada comunidad aisladamente, sino á agrupaciones de 15 á 20 parroquias. Acada aldea se impondrá la obligación de retener y mantener sus pobres. Los mendigos deben ser enviados á sus respectivos pueblos, porque no entrando en esta vía municipal y plebeya, no se logra el objeto, como no lo ha logrado el gobierno hasta hoy. Si se adopta este plan, no tardará en aprobarlo y solicitar su realización todo el mundo. Los ingresos del rey que ahora apenas llegan á 150 millones, subirán fácilmente á 250 millones.



Mme. de Pompadour. Cuadro original de Mauricio Quentin de la Tour

Si despues de meditar seriamente este proyecto y todas sus consecuencias, haciendo primeramente los estudios y trabajos preliminares necesarios, el rey se decide por su realización franca y leal, será conveniente convocar los estados generales del reino, para dar á la nueva organización la fuerza inquebrantable de la aprobación y aceptación general del país. Es indudable que para lograr este resultado sera menester hacer una propaganda secreta y valerse de mas intrigas de las que se necesitarian para la victoria de una causa mala, porque se lucharia con preocupaciones é intereses particulares que no dejarían de oponerse á reformas tan grandes; y será menester que el rey eche mano de la fuerza para obligar á los franceses á ser felices y ser él el padre y vencedor de sus súbditos. Las generaciones futuras ensalzarian á los estados generales por su obra legislativa moderna, mientras los egoistas perjudicados los vituperarian y los atacarian. Acompañado por la asamblea ilustre de los Estados habria de trasladarse el rey á Rheims para jurar solemnemente